

Domingo de Ramos, Ciclo B Dios en el Crucificado Jesús

Al comienzo de la Semana Santa el Domingo de Ramos ofrece dos motivos fundamentales para la celebración de la comunidad cristiana: la manifestación mesiánica de Jesús en las inmediaciones de Jerusalén (Mc 11,1-11) y el gran relato bíblico de la Pasión (Mc 14-15), ambos tomados este año del evangelio de Marcos.

El Mesías humilde

En el primer relato, lejos de las categorías de triunfalismo y de exaltación del poder del supuesto mesías esperado por Israel, el evangelio de Marcos presenta a Jesús como Señor y como Mesías, pero de manera sorprendente. La soberanía de Jesús es la de la **humildad y la sencillez**. Su grandeza es la de ser servidor de los otros y su autoridad la del que va a ser crucificado para revelarnos dónde y cómo podemos encontrarnos con Dios en esta tierra. Este Jesús, **anonadado y humillado hasta la cruz**, rompe los esquemas humanos de representación mesiánica y divina. Jesús es el Mesías que no se corresponde con las expectativas mesiánicas de Israel, pues no está vinculado al ejercicio de ningún tipo de poder sino a la sencillez y a la humildad. Por eso la carta a los Filipenses lo presenta humillado y anonadado hasta la cruz.

Confrontación mesiánica de Jesús en Jerusalén

En Marcos no hay una "entrada triunfal en Jerusalén", sino una **confrontación mesiánica de Jesús**, más bien dramática, con la ciudad, que le conducirá a la cruz, tras un conflicto de muerte. En el paralelo lucano Jesús termina llorando por la ciudad que no se ha percatado de la venida del Señor. El señorío real de Jesús queda patente ante sus discípulos, que realizan su mandato de proporcionar un **pollino** para la realización de un gesto mesiánico simbólico de carácter profético (cf. Zac 9,9).

El símbolo del pollino

La soberanía de Jesús es real y por ello se le proporciona un animal digno, pero sencillo, un burrito, **el pollino, hijo de asna**, que realza que Jesús es el Mesías con carácter profético (cf. Zac 9,9). Un pollino es un animal vistoso y digno, pero sobre todo es **sencillo, humilde y pacífico**, por eso sirve resaltar el tipo de mesianismo propio de Jesús. Si un caballo representa el poder, la fuerza y la violencia, el burrito representa todo lo contrario, la humildad, la sencillez y la paz. Y además los que siguen a Jesús, lejos de ser un ejército, constituyen una **multitud de gente** también sencilla, de seguidores entusiastas de Jesús, que, a pesar de sus manifestaciones, esperan al que viene en nombre del Señor, pero **sin entender bien en qué consiste el mesianismo** de Jesús. Jesús prosigue su marcha incomprendido por la gente, como ha hecho a lo largo del evangelio.

El Reino de Dios todavía desapercibido

El grito de "**Hosanna**" significa "Señor, sálvanos". En esa multitud puede quedar representada la humanidad de los humildes y sencillos que, lejos del poder establecido, anhelan la llegada del Señor y Salvador. Sin embargo, la segunda

aclamación deja entrever la incomprensión de la multitud acerca de la identidad de Jesús. Su confusión está en creer que lo que está llegando con Jesús es el reino del padre David, **reduciendo así la comprensión del Reino de Dios** a una cuestión de poder político. La multitud sabe que desea y espera la salvación, pero no entiende el modo concreto en que ésta se va a manifestar a través de la persona de Jesús. **Jesús es una vez más incomprendido**, como antes lo había sido ante Pedro, el apóstol. En realidad la escena no transcurre en Jerusalén sino en el monte que está enfrente de Jerusalén, más exactamente frente al templo. Y **en confrontación con el templo** es como se plantea el mesianismo de Jesús, el cual después entra en el templo y se marcha inmediatamente tras ver lo que allí estaba pasando.

El relato de la Pasión según San Marcos

El segundo relato, el de la Pasión de Cristo, revela la tensión dramática de todo el Evangelio de Marcos y constituye el primer gran tesoro escrito de la tradición cristiana primitiva, reelaborada de manera diferente por los cuatro evangelistas.

Este hombre era Hijo de Dios

Sus temas fundamentales en Marcos son dos: la **identidad de Jesús como Hijo de Dios y el templo, cuyo velo, desgarrado** en dos tras la muerte de Jesús, muestra la ineficacia y caducidad de dicha institución religiosa para seguir representando el espacio de la presencia de Dios en esta tierra. Ambos temas están presentes en la acusación de Jesús ante el sanedrín, en las burlas ante la cruz y en la muerte de Jesús. Las palabras del centurión pagano al pie de la cruz constituyen la revelación más solemne de todo el evangelio de Marcos y su objetivo primordial: **"Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios"** (Mc 15,39).

La forma de morir Jesús

Aquel hombre extranjero debió quedar impresionado por el tipo de muerte de Jesús. Su declaración reveladora de la identidad profunda de Jesús, planteada y sugerida a lo largo de todo el Evangelio, surge tras fijarse en la **forma de morir Jesús**. No le impacta ninguna otra circunstancia, sino sólo el ver que había expirado así. El modo de la muerte se convierte en algo verdaderamente revelador y relevante para comprender los dos temas principales de la Pasión, anteriormente señalados. Por tanto **¿Cómo murió Jesús** según Marcos?

Eloí, Eloí, lammá sabactaní

Jesús murió en la cruz y seguramente por asfixia. En esas condiciones produce un gran impacto el hecho de que Jesús, ya sin fuerzas, casi sin aliento y exhausto, "gritara con voz potente": **"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mc 15,43; Mt 27,45)**. Esto no es una palabra, es un grito potente. Es un grito desgarrador. Expresa un sentimiento de abandono y casi de desesperación. Jesús vive la incertidumbre y el fracaso en el momento definitivo y estalla en un grito que suena a rebeldía y desconsuelo. Es la interpelación radical del hombre a Dios. No se entiende la muerte, ni mucho menos la forma concreta de esta muerte. Por eso Jesús lo dice en su lengua materna, en arameo, y así lo registra Marcos, el primer evangelista que lo puso por

escrito: **"Eloí Eloí, lammá sabactaní"**. Lleva el sello de la más viva autenticidad. La materna es la lengua de los sentimientos, de las emociones y de las experiencias más fuertes. Aunque sea una expresión conocida del comienzo del Salmo 22,2, aquí no se cita el Salmo entero, sino que se habla a Dios, se le grita a Dios y se le cuestiona al mismo Dios, con esas palabras del Salmo.

¿A qué me has abandonado?

La traducción griega del evangelista Marcos de aquellas palabras arameas trastoca un poco la pregunta sobre el porqué y permite abrir un interrogante mayor que abarque no sólo la causa y el porqué del abandono de Dios, sino también el destino último de Jesús: "Dios mío, Dios mío **¿a qué me has abandonado?**", que es como decir: ¿A qué estoy abocado? ¿Dónde acabará esta experiencia de abandono radical, esta soledad tan profunda y este destino fatal? El hombre Jesús, que muere sin respuesta, es la expresión más trágica de la humanidad en toda su crudeza.

La solidaridad de Jesús con todos sus hermanos

En este grito de abandono, de soledad y de tristeza inmensa, muy próxima a la desesperación, **Jesús es el más solidario y universal de los seres humanos**, es el más cercano a toda persona en sus últimas preguntas. Aquí, más tarde o más temprano, coincidimos creyentes y no creyentes, gentes de todas las razas, pueblos y lenguas. La coincidencia se ve no desde la resolución de la pregunta, sino desde el planteamiento de la misma. Esta frase es la palabra más universal frente a la muerte como abismo y muestra la más radical incompreensión de la muerte y especialmente de la muerte injusta. ¡Quién de nosotros no ha dicho alguna vez algo semejante a: **"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"**.

La pasión hasta la entrega de la vida por amor

La pregunta de Jesús se dirige a un interlocutor y tiene un destinatario, y aunque éste calle, Jesús sabe que está ahí. La fe no sólo no apaga la pregunta sino que da importancia a aquél a quien va dirigida. Es importante tener la firme esperanza de que alguien pueda responder y, algún día o de algún modo, la responderá. Cuando nosotros nos la planteemos pensemos que este hombre Jesús, el Hijo de Dios, pasó por la mismísima experiencia y se planteó gritando esa cuestión. Tal vez sintamos **su compañía y su extrema solidaridad con todo ser humano y experimentemos el abrazo que Jesús da a toda persona en la más trágica situación de la vida**. ¿No será esta profunda solidaridad de Jesús con la limitación humana el misterio que encierra ese grito sin que se resuelva en una respuesta? Saber que hay un tú en la pregunta de Jesús no garantiza una respuesta, pero desde la ausencia, desde el silencio y desde el abismo, se vislumbra la esperanza. El dolor inmerecido, la muerte violenta e injusta han provocado la más desconcertante de las revelaciones. **La pasión hasta la entrega de la vida por amor** ha revelado algo que de Dios no sabíamos todavía, **ha revelado que Dios es este Jesús crucificado, anonadado y ninguneado**.

La mentalidad de la pasión

El cambio de mentalidad y del corazón, al que nos apela Marcos al comienzo de su Evangelio (Mc 1,15), es decir, la auténtica *metanoia*, consiste en percibir, comprender y asumir que Jesús es el Dios que no hizo alarde de su categoría divina, sino que despojándose de su rango, se anonadó, y se hizo siervo de todos hasta la entrega de su vida en la muerte, y además, en una muerte de cruz (cfr. Flp 2, 5-8). **El rebajamiento hasta el extremo del todo-poderoso que se ha hecho un todo-nada**, tal como ha sido mostrado por Pablo en este maravilloso himno de Filipenses, convulsiona todas las precomprensiones de Dios, que en Jesús crucificado revela lo inaudito del Evangelio: **Jesús** no es el **Mesías** ni el Dios del poder, sino el del **servicio**; el crucificado no es el Mesías ni el Dios del éxito, sino el de la **entrega en el silencio**; el abandonado por todos no es el Mesías ni el Dios del triunfo, sino el de la **humildad en su amor universal**.

Contemplar la muerte de Jesús

Este Hombre, Jesús, es el Señor y el Hijo de Dios. Y en él y por medio de él Dios se hace presente de forma paradójica en los últimos de la historia, en los **ninguneados de la vida, en los que no cuentan, en todos los crucificados, especialmente como víctimas de las injusticias, corrupciones, desidias e insidias humanas**. El paso decisivo para convertirse en discípulo de Jesús y participar en su Reino, no será otro que reconocer en este hombre, Jesús, al Hijo de Dios, cuando, como el centurión, contemplemos su muerte en la cruz.

El templo de Dios en el cuerpo de Cristo

El **templo** es también el otro gran tema del relato de la Pasión de San Marcos y aparece en el juicio judío contra Jesús, en las burlas en la cruz y, finalmente, cuando Jesús muere en la cruz y el velo del templo se desgarró en dos de arriba abajo. Para el evangelista quedaba así definitivamente sustituido el antiguo templo, hecho por manos humanas, por "**otro**" **no hecho por manos humanas, el cuerpo de Cristo muerto y glorificado**. El Crucificado es el "otro" templo, totalmente distinto del anterior, pues el desgarrón del viejo templo da paso a una revelación novedosa: como el centurión pagano todos los seres humanos tienen acceso a este nuevo templo. El cuerpo de Cristo Crucificado es el **nuevo y definitivo templo de Dios** en el mundo. Recordemos que la confrontación de Jesús con el templo fue, sin duda, **la principal causa histórica de su muerte en cruz**. El desgarrón del viejo templo en la muerte de Jesús da paso a una revelación novedosa: a este nuevo templo tienen acceso no sólo los sacerdotes de Jerusalén sino todos los seres humanos, representados en aquel centurión romano.

Reorientar la mirada a las víctimas

Con esta **reorientación de la mirada hacia Jesús en la cruz**, como hizo el centurión, y, con él, **hacia todas las víctimas de la injusticia y a los sufrientes** de este mundo, que se concitan en el crucificado como nuevo espacio divino en esta tierra, se producirá en nosotros **la auténtica conversión y el verdadero cambio de mentalidad** y de comprensión del Mesías como Hijo de Dios, que nos pedía el evangelio al principio de la Cuaresma.

José Cervantes Gabarrón, sacerdote misionero y profesor de Sagrada Escritura

